

LA PRIMERA EDAD.



BIBLIOTECA

MUNICIPAL

MADRID

SUMARIO.

Las obras de misericordia, segunda parte. I. Enseñar al que no sabe.—Los regalos del abuelo, cuento.—Consejos á las niñas.—El manantial de agua clara, cuento moral.—Un hundimiento.—Primera comunión.—La avaricia.—Los cochecitos.—Modas.—Cuentos de Schmid.—Explicacion del figurin iluminado.—Anuncios.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

SEGUNDA PARTE.

I.

ENSEÑAR AL QUE NO SABE.

Venid, venid, pequeños y queridos lectores; Carlitos, mi pequeño amigo, el inteligente hijo de los señores de Lope, está completamente entretenido en una, al parecer, grata ocupacion.

Podeis distraeros, sí; quiere enseñar á un lindo perro á hacer, sin duda, monerías.

La ocupacion es grave, la empresa árdua; mi querido Carlos quiere ser, á lo que parece, celebrado pedagogo. Y los principios de su carrera son notables: ¡enseñar á un perro!

Podeis verle, podeis distinguirle

le allí en su habitacion misma; el perro debe ser algo torpe, no quiere aprender el ejercicio militar.

Porque, debo decíroslo, el buen niño quiere hacer soldado á su perrito, y por eso, haciendo de un palo terrible fusil; molesta y contraría continuamente al pobre y dócil animal.

Alguno de vosotros creará, tal vez, que mi pequeño amigo es uno de esos niños que sólo son partidarios del juego, y que tienen el estudio abandonado.

¿No es así?

Pues nada más léjos que eso de la verdad; Carlitos es tan bueno como estudioso, jamas falta á sus deberes, jamas han tenido que castigarle en el colegio por faltar á sus lecciones. Así es que mi amiguito es el discípulo más querido y aventajado, mereciendo de todos plácemes y alabanzas.

¿Por qué, pues, le veis en ocupacion tan singular?

Abril, 1874.—Núm. 5.

Ayuntamiento de Madrid

Ahí veréis : en sus ratos de ocio se ha propuesto hacer militar á su perro, y lo va á conseguir, si continúa en el empeño.

Pero mirad : casualmente llega su profesor, que ha venido á visitar al papá de Carlitos ; éste no sabe nada ; al levantar los ojos, los dos caballeros están ante él.

La sorpresa es grande ; el niño se ruboriza ; sus mejillas están del hermoso color de la grana.

Cuanto tuviera daría porque su profesor no le hubiera cogido infraganti en tarea tan ridícula ; á él, el mejor de sus discípulos, el más aventajado de sus educandos.

—Bravo, bravo, Carlos ; ¿es ese el modo de hacer los trabajos, de estudiar las lecciones?

El niño no sabe qué responder á estas palabras de su respetable superior ; por eso queda cortado, mudo, sin poder articular palabra.

Su buen padre comprende su situacion ; él sabe muy bien cuánto es el bochorno que sufre Carlitos.

—No te avergüences,—le dice, de tu accion : el niño que siempre cumple sus deberes puede dedicar sus ratos de placer á cualquier honesto entretenimiento ; pero eso mismo que haces, ese mismo trabajo, que resultados positivos no te produce, podría tenerlos, y

grandes, si tu afan de enseñar no lo aplicáras á seres irracionales, sino á tus semejantes, á tus mismos compañeros, que tal vez tengas algun amigo que no pueda recibir la instruccion que tú, por dicha, puedes obtener.

—Es cierto,—dijo á su vez el profesor,—cuanto tú acabas de oír á tu buen padre ; dedica ese tu deseo á algun pobre niño, tal vez puedas pronto recibir el premio de tus afanes, de tus caritativos desvelos.

No pudo Carlos responder nada á advertencias tan juiciosas ; sumido en silencio profundo acompañó luego á despedir á su cariñoso profesor, y meditaba, y en completa abstraccion parecia encontrarse, como si algun pensamiento le preocupara vivamente.

Qué habia en esto habeis de saber, si vuestra infantil atencion seguís dispensando, lectores queridísimos, á estos renglones.

II.

Han transcurrido algunos dias desde aquel en que Carlos fuera sorprendido al querer enseñar á su perro el militar ejercicio.

El inteligente niño pasea por el jardin de su hermosa casa, acompañado de sus queridos padres.

Paseando, llegan á un sitio donde el jardinero y su pequeño hijo se encuentran trabajando; el pobre niño es pequeño, y forma en aquel momento tres ramos de flores; casi los tiene terminados, cuando los padres de mi amiguito y éste llegan ante él.

—Bonitos ramilletes haces, Rafael, le dice con dulce acento y cariñosa palabra la buena señora.

—Son para ustedes, señores; son los primeros que hago, y debo á mis protectores dedicarlos.

—¡Ah! ¿son los primeros?

—Seguramente: hace pocos dias que aprendo á formarlos.

—¡Y cuán bellos son!

—¿Me hará V, señora, el obsequio de tomar uno?

—Sí, hijo mio; ¿y los otros á quién los dedicas?

—Al señor uno, á Carlos otro.

—Gracias, gracias; tu recuerdo es muy bello, tu sentimiento grande.

—¡Es tan pobre mi dádiva, tan escaso su mérito!

—Vale mucho, hijo mio; las ofrendas más grandes son las del corazón.

Después de este diálogo todos se separan del pobre jardinero. Carlos parece alegre, y mira á sus flores con satisfaccion marcada.

¡En qué piensa!

Quién sabe, niños queridos; tal vez algun grato pensamiento embarga su ánimo, acaricia su mente.

III.

Desde la tarde en que el pequeño jardinero regalara á mi amiguito y á sus queridos padres los bellos ramos de flores que á confectionar acertara, Carlos va sin falta despues de comer, y en su hora de recreo, á casa del agradecido niño, que presente tan afectuoso y grato le ofreciera.

¿Qué hace allí?

No creo todavía deber decíroslo; mas ello es que mi buen amiguito no falta una sola tarde, y que, por lo tanto, grave ocupacion debe allí retenerle.

¿Qué será ello?

El inteligente niño ha sabido que Rafael no ha recibido instruccion alguna; ha recordado la sorpresa de su profesor: ¿habrá seguido los consejos que él y su bueno y amante padre le dieran?

Tal vez: el perro no recibe ya la instruccion militar, con gran alegría, sin duda, para él; ahora acompaña á su pequeño amo todas las tardes, y junto con él entra, y con él permanece en la casita que

en el extenso jardín posee el padre de Rafael, y donde con su familia modestamente vive.

Si pudierais entrar en la casita, tal vez el secreto desapareciera.

¿Pero cómo hacerlo?

No es posible trasladarnos allí; debemos esperar vosotros y yo á que el misterio desaparezca.

IV.

Algunos meses han pasado, y en casa de Carlos se celebra la fiesta de su amado padre.

Es el día de su santo: el niño prepara á su papá un gran regalo. ¡Gran regalo!

No lo parece, sin embargo; es una simple carta, que Carlos coloca en una bandeja y remite con un criado al autor de sus días.

Y él sigue al ayuda de cámara que la carta lleva, y no está solo, le acompaña Rafael.

Mas no entra en el despacho del señor de Lopez; permanece á la puerta, como si entrar temiera.

Ya el criado ha entregado la carta; ya el sobre es desgarrado, y empieza su lectura. Ésta es, sin duda, grata; la satisfaccion y el gozo se pintan en el rostro del papá de Carlitos.

—¡Mi hijo! exclama; ¿dónde está Carlos?

—Aquí estoy, padre mio, que vuestro consejo no ha sido olvidado; aquí está Rafael, ya sabe leer y escribir.

—¡Ah! vén á mis brazos, en ellos debes tú recibir el premio de tu obra; necesita ésta dé el fin que tú no puedes darle. Rafael seguirá los mismos estudios que tú, tu suerte será la suya, su carrera, si le place, la que tú sigas. Has comprendido perfectamente que debe cada cual cumplir con las obras de misericordia, que nos mandan enseñar al que no sabe.

Bendito seas, pues, ya que has sabido seguir sus preceptos.

Después de estas palabras Carlos y Rafael fueron llevados por el señor de Lopez á la presencia de su esposa, la virtuosa madre de mi amiguito; no os diré yo cuánta fué la alegría, cuánta la satisfaccion de todas aquellas almas que estaban unidas en aquel momento por el gran sentimiento de la caridad.

Aquella noche en el convite con que se celebró los días del padre de Carlitos, éste lucía un magnífico reloj, regalado á su obra meritória, y cuando ántes de los postres fué manifestada á los convi-

dados la accion de Carlitos, éste recibió las alabanzas de todos y la enhorabuena de cada uno.

Y diréis vosotros, lectores queridísimos, que no sabeis el contenido de la carta mencionada.

Yo os lo diré: era la primera que escribía Rafael; en ella expresaba éste como Carlos se había encargado de su instruccion, como ya sabía leer y escribir correctamente.

La obra de mi amigo dió ópi-

mos frutos: Rafael es hoy un notable abogado, gracias á la enseñanza de Carlitos, á la proteccion del padre de mi amiguito. Este es un notabilísimo médico, esperanza de la ciencia española, y honra de la clase á que pertenece.

E. THÜILLIER.

Puerto de Santamaría, Abril, 1874.



LOS REGALOS DEL ABUELO.

CUENTO.

I.

Después de una existencia consagrada al estudio, el Conde del Valle se retiró á una pequeña posesion de familia en las montañas de Astúrias. Era un anciano tan trabajador, que no queria abandonar los estudios que durante toda su vida le habian ocupado, más que para consagrarse al amor de su familia. Esta se componia de su hija Laura, viuda y con cuatro hijos, mujer muy buena y razonable, que temblaba, sin embargo, pensando en la falta que le hacia su difunto esposo para la educacion de sus hijos. Viéndola éstos llorar acudian siempre á su lado para consolarla, como los pajarillos sorprendidos por la tempestad.

Cuando Laura manifestaba sus temores delante del Conde, éste la decia:

—Tranquilízate, querida hija. Yo seré el profesor de mis nietos, sobre todo de Alfredo.

Una noche fué más explícito.

—Mañana, dijo, llegará un her-

moso piano de Madrid y música para principiantes.

—Supongo, interrumpió Elodia, que era la mayor de las niñas, que dentro del piano vendrá tambien un maestro.

—No, señorita, el maestro no necesita venir, porque está aquí.

—¡Aquí! exclamaron todos los niños. Eso es una broma..... ¡A ménos de que lo sea el jardinero Perico!

—No, no: el maestro es otro. Desde muy jóven tocaba bastante bien el violin y el piano; pero otros estudios más graves llamaron su atencion y dejó la música, sin perderla por eso la afición. Ese músico de hace cuarenta años es vuestro abuelo, que se comprometió á que aprendais bastante.

La admiracion de toda la familia fué muy grande, pues nunca hubiese sospechado que el abuelo fuera músico.

—Vuestra madre, continuó éste, os enseñará el dibujo y yo os haré que conozcais algo de mis libros: dictaré á Clemencia la Historia de España, explicaré la Biblia á Agustina y la Geografía á Elodia, y vuestra madre podrá desear sus temores.

Laura conocia lo imperfecto de la educacion que se adquiere en

los colegios y se prometió trabajar mucho á su vez para dirigir la de sus hijas, y uniendo su maternal energía á la bondad del abuelo, la paz y la ventura siguieron reinando en casa del Conde del Valle.

Este solia repetir á sus solas :

— Yo no he consagrado mi vida al estudio para que sea estéril, y la mejor manera de utilizar mis conocimientos es comunicándolos á esta chiquillería.

II.

Un dia llamó el Conde á sus nietos y les dijo :

— Como sois buenos y aplicados, he resuelto haceros un regalito á cada uno.....

— ¿Un regalito? dijo Elodia. Si no ha venido nada de Madrid...

— No creo que para hacer regalos haya necesidad de que sean de Madrid, la contestó el abuelo; y llamando á un criado, le hizo conducir una caja de pino.

Alfredo golpeó alegremente sobre su tapa y el abuelito le recomendó que procurase no romper nada. La impaciencia de los niños era grandísima; pero todas sus ilusiones quedaron burladas, cuan-

do abriendo la tapa, pudieron examinar el contenido del cajon.

El Conde contuvo su risa y dijo gravemente :

— En todo debe siempre estudiarse el fondo, pues las apariencias suelen engañar casi siempre. Agustina, estas seis ciruelas para tí; son las últimas de la estacion.

— Gracias.

— Para hacer dulce, dijeron riendo sus hermanas.

— Cada uno de vosotros, interrumpió el abuelo, puede hacer del regalo el uso que le acomode. Y continuó: Este huevo es para tí, Clemencia.

— ¡ Me lo comeré pasado por agua !

Y Clemencia toma el huevo, lo examina y se convence de que no es un huevo de dulce ni de carton, sino un huevo verdadero.

— Hermosa Elodia, para tí este regalito.

Y el abuelo sacó un manojo de hierbas.

Elodia se ruborizó y pareció poco dispuesta á aceptar aquel ramo.

— ¡ Cómo ! hija mia ¿ rehusas un regalo del abuelito ? ¿ Puedo daros yo algo que sea inútil ?

Elodia, no muy convencida, tomó las hierbas secas.

En cuanto á Alfredo, se reía á más no poder á cada uno de dichos regalos, y habiéndole llegado su turno, el Conde sacó de la caja un saco lleno de algunos objetos.

—¡Bravo! pensó el niño: el abuelo no ha querido burlarse de mí como de las chicas: aquí dentro hay algo mejor.

Y metiendo la mano en el saco, pudo ver que eran algunos trapos sucios, que tiró con desprecio...

Las risas partieron entónces de sus hermanas y Alfredo casi estuvo por romper á llorar..... Si le hubiera hecho aquella jugada algun compañero, pronto se habria arrepentido; pero delante de su abuelo no tenia más remedio que dominar su cólera.

—Ignorante, dijo el Conde, toma lo que te he destinado y modera tus sentimientos, que á tu edad son ya reprecensibles.

—Perdóneme V., abuelito, pero ¿qué quiere V. que haga con estos trapajos? Cuando las niñas eran más pequeñas los utilizaban para vestir á las muñecas..... y todavía reconozco en estos pedazos el mandil de la criada y algunos pañuelos..... ¡Buen regalo!

El abuelo reunió los trapos, sentó al niño sobre sus rodillas con paternal ternura, y contestó:

—Ya te he dicho que las apariencias engañan y que se debe estudiar el fondo y no la forma de las cosas.

Y el Conde meneó el saco lleno de trapos, haciendo que su nietecito lo tomara con cariño.

III.

Pocos meses despues se festejaba en la casa del Conde del Valle su cumpleaños.

Sus nietos se habian preparado con anticipacion y querian hacerle algunos regalos; pero el abuelo se adelantó á los deseos de todos, y dijo, dirigiéndose á Clemencia:

—Hace meses que te regalé un huevo fresco y no he vuelto á preguntarte lo que hiciste con él. ¿Te lo comiste pasado por agua? De todos modos, habrás conservado siquiera la cáscara.

Clemencia se puso muy colorada, salió de la habitacion y volvió á entrar muy poco despues con una cesta. Cuando llegó junto al abuelo quitó un paño que cubria á la cesta y salió de ella una hermosa gallina.

—¡Perfectamente!

—Cuando me hizo V. aquel regalo, dijo la niña, lo guardé ins-

tintivamente, no sabiendo qué hacer con él; pero al bajar al corral, vi que el criado estaba preparando un nido para una gallina llueca, comprendí que colocándolo allí el huevo podría tener un pollito y salté de alegría. El criado, á quien conté lo del regalo, prometió hacer una señal al huevo y tener mucho cuidado con él: diciéndome: «Ya sabe V. que esto es cuestion de tiempo; pero así que el gérmen que hay en el huevo se haya convertido en pollo y rompa la cáscara, yo se lo devolveré á V.....» Y, con efecto, esta hermosa gallina rubia, que puede ser de tanta utilidad, es el resultado de mi constancia para pagarle á V. su regalo.

El abuelo acarició á la niña y á su gallina, diciendo:

— Estoy contento de tí: cualquier riqueza, por pequeña que sea, debe multiplicarse para bien de los demas. Y tú, Elodia, ¿qué has hecho con mi ramito?

— Abuelito, contestó ésta mirándole con sus hermosos ojos negros. Cuando V. me dió las hierbas creí que habia querido humillarme por mi afición á la música y á la poesía; pero despues, confiando en su palabra, comprendí que en aquel pobre ramo de hierbas habia

algo que desarrollar y á fuerza de estudiar en el manuscrito de Historia natural que nos ha dado usted, llegué á averiguarlo y se lo pude confiar á mamá..... Yo sabía que la hierba que me habia dado era cáñamo, la preciosa planta que da el hilo, con el cual se hacen las telas..... La vez primera que fuimos al pueblo inmediato, mamá me llevó á casa de un cultivador y éste me dijo: «El cáñamo es originario del Asia, y aunque se cultiva poco en esta provincia, puedo decir á V. que sufre diversas preparaciones, haciéndole secar primero para obtener el grano que produce aceite: el cañamon, que sirve tambien de alimento á los pájaros. Despues de dichas preparaciones se le peina, se le agavilla y se le lleva á la fábrica, donde es sometido á otras operaciones ántes de llegar á los telares.» Hé aquí, terminó diciendo Elodia, este ovillo de hilo, producto de aquellas hierbas.

— Perfectamente, dijo el Conde: no olvides nunca que ántes que los conocimientos artísticos están los de verdadera utilidad y que produce mayores beneficios que una pieza de música ese ovillo de hilo. Y tú, Agustina, ¿te comiste las ciruelas?

—Sí, abuelito, contestó la interpelada; pero á pesar de eso están aquí.

Y Agustina llevó á su abuelo un tiesto con varias matas frescas.

La niña prosiguió:

—Viéndome el jardinero Perico comer las ciruelas pensativa y tirar los huesos sobre la tierra que labraba me dijo providencialmente: «¿Sabe V., señorita, que está V. plantando ciruelos? — Cómo, repliqué, ¿producirán ciruelas estos huesos? — Ya lo creo; pero se tarda mucho tiempo. — No importa, deme V. un tiesto y ayúdeme á sembrar estos huesos.» Cuando él vió que yo le hablaba formalmente hizo lo que le pedia y ahora gozo muchísimo al ver que los ciruelos plantados por mí están tan frescos.

El abuelo manifestó su satisfacción á la niña abrazándola con ternura y pronosticándola que para el próximo mes de Noviembre tendrían fruta sus ciruelos.

Alfredo se adelantó entonces como un ministro que va á consejo; llevaba debajo del brazo una gran cartera roja y se la presentó respetuosamente al abuelo, diciendo:

—Cuando me dió V. el saco de los trapos, era yo un necio que

juzgaba aquello una burla, lo que me ha enseñado que los niños deben guardar silencio sobre todo lo que ignoran, y tratar de aprenderlo por la observacion y la lectura. En un libro pude leer, poco despues que V. me hizo el regalo, que el papel se hace con trapos viejos; y al visitar la fábrica del pueblo inmediato, me he enterado de cómo se mojan y trituran hasta reducirlos á una especie de pasta, con la cual, despues de várias preparaciones químicas se forman las hojas, se las extiende y se las pone á secar. El encargado de la fábrica consintió en mezclar mis trapos con los demas y me los ha devuelto en esta forma.....

Y Alfredo sacó de la cartera varios cuadernillos de papel.

—Cuando yo sea mayor, siguió diciendo, estudiaré los procedimientos que hay necesidad de emplear para obtener semejante resultado.

—Ahora comprenderás, dijo el abuelo, que no era ningun desatino regalarte unos trapajos: la educacion moral é intelectual deben marchar unidas. Podria hacer millones de regalos de índole semejante, pues la naturaleza y la industria nos ofrecen sus tesoros, y mediante el análisis y la medi-

tacion se puede enriquecer la ciencia con nuevos descubrimientos, así como lo han sido ahora para vosotros conocimientos y verdades que ya son vulgares. Ya veis, como, bajo una forma algo extravagante, os han sido de más utilidad *los regalos del abuelo*, que las muñecas ó golosinas con que hubiera podido obsequiaros.

CONSEJOS Á LAS NIÑAS,

LA NIÑA EN LA FAMILIA.

Una niña debe ser la felicidad en el seno de una familia. Algunas veces suele estar muy mimada, obtiene cuanto desea y se ve rodeada de cuidados y caricias; otras veces es objeto de la mayor severidad y se ve privada de toda clase de placeres y cariño..... Una niña debe ser alegre y cariñosa, cuando se la quiere: dulce y sumisa en los dias de tristeza.

Recordad, niñas, que habeis llegado al mundo tarde, que todos en vuestras casas os han acogido, cuidado y querido, cuando erais pequeños seres, sin fuerza ni reflexion; que vuestras madres os han enseñado cuanto sabeis, que

vuestros padres, al veros nacer, han redoblado su actividad, pensando en vuestro porvenir... vuestros hermanitos todos os han acariciado en la cuna y este cariño reclama vuestra gratitud. Igual amor reclama vuestra abuelita, á la que debeis rodear de los mayores cuidados, estudiando todo lo que puede convenir á su edad y á sus gustos; no aturdiéndola con vuestra charla y complaciéndola en cambio con vuestras caricias. Tambien debeis ser cariñosas con vuestros sirvientes, por la solicitud con que atienden á vuestro cuidado.

Mirad á los corderillos que no se apartan de sus madres y juegan tranquilamente á su lado sobre el verde césped: ya muestran la rizada lana, que nos dará en tributo cuando crezca. Imitadles en su cariño filial y haced de modo que empiece ya á manifestarse el tributo de virtudes que os corresponde dar.

LA NIÑA EN LA IGLESIA.

¿Cómo debeis presentaros en el templo de Dios, creador de todo, padre de la humanidad y que lee en el corazon de los hombres y de los niños? Al prepararos para la primera comunión, se os ha iniciado en todas las verdades reli-

giosas. Ya sabeis que el santo sacrificio de la misa lleva al altar la presencia invisible de Jesucristo; ya sabeis que para recibirle, es preciso limpiar el alma de todas las faltas, y que á misa se debe asistir siempre con piedad, unirse de corazon á las oraciones y ceremonias sagradas y escuchar atentamente la palabra de Dios cuando el sacerdote nos habla en su nombre desde el púlpito..... Pensar en Dios, á vuestra edad, después de adorarle, equivale á recordar todos los pequeños sucesos de vuestra vida y las ocasiones en que habeis obrado bien y mal, y tomar la resolucion de aplicaros á vuestros estudios, triunfar de vuestros defectos. Pensar en Dios una niña equivale á decirle: «Padre, yo soy una débil caña y nada puedo sin vuestra gracia; cuando tenga penas, lloraré arrodillada y me consolaréis: cuando tenga alegrías tambien os lo comunicaré, para que me diga mi conciencia si me permitís dichas alegrías..... ¡Padre, bendecidme!»

Empleado de esta manera vuestro tiempo no os parecerá largo, amaréis la casa del Señor y diréis al pasar por delante de cualquier iglesia: ¡Mamá, vamos á rezar! Despues visitaréis las diferentes

capillas del templo, socorreréis al pobre que pide limosna en la puerta y volveréis contentas á vuestras casas, porque el primer lazo de union de las familias es el amor de Dios, el conocimiento y el cumplimiento de los deberes religiosos.

LA NIÑA EN SUS ESTUDIOS.

La pereza y la distraccion, retrasan los adelantos en los estudios formales, así como el mal tiempo retarda en la naturaleza el desarrollo de los trigos, de los árboles y de los frutos; y ya sabeis que es más agradable ver un campo verde y florido que descolorido y seco. Así, cuando veo que en una escuela trabajan las niñas sin ardor y lentamente, me parecen un terreno cuya cosecha es insegura y tardía.

Escuchad las lecciones que os den vuestros profesores, porque la memoria es un museo que debe enriquecerse desde muy temprano con cuadros buenos y útiles. En los estudios de adorno debeis tambien no limitaros á sus rudimentos, á fin de que en el piano hagais algo más que ruido, y podais utilizar las lecciones de dibujo en sus infinitas aplicaciones. Pero, sobre

tódo, no mireis con indiferencia los trabajos de aguja, aprendiendo á coser muy bien ántes de ponerlos á bordar.

No os desanimeis nunca; si no sabeis una leccion, repasadla; si os sale mal vuestra labor, volvedla á empezar, pues si algunas veces se obtiene el triunfo inmediatamente, otras sólo puede lograrse mediante una gran perseverancia, y si es más gustoso alcanzarlo enseguida, honra más obtenerlo á fuerza de constancia.

LA NIÑA EN SUS JUEGOS.

En todas las edades el placer

debe ser guiado por la razon

Indudablemente os agradará jugar, correr, charlar con vuestras compañeras..... Pues bien, si en medio de vuestros juegos escuchais que os llama la campana que marca la hora del estudio, debeis acudir inmediatamente á vuestras clases, y así, cuando seais mayores, sabréis abandonar una fiesta por el cumplimiento de un deber.

En todas vuestras conversaciones pensad que Dios os escucha, y en todas vuestras acciones, aún las más pequeñas, no olvidéis que Dios os ve.



EL MANANTIAL DE AGUA CLARA.

CUENTO MORAL.

Tres caminantes se encontraron junto á un manantial que brotaba al lado de un camino.

A orillas de la fuente habia un ancho vaso de piedra con esta inscripcion :

PROCURA PARECER Á ESTE MANANTIAL.

Los tres caminantes, despues de apagar la sed, leyeron la inscripcion y se pusieron á discurrir sobre su sentido.

--Es un consejo,—dijo el primero—que parecia ser un rico mercader, por sus polainas de cuero y el fardo que llevaba al hombro, el agua va corriendo siempre, aumentándose en el camino por mil arroyuelos que forman un rio, que nos dice con el ejemplo :

Sé activo, no te detengas nunca y así prosperarás.

El segundo, que era anciano y llevaba en la mano un libro, meneó la cabeza con aire de duda.

—Aquí hay una lección más elevada —dijo,— esa fuente que está ahí para todos los sedientos, sin pedirles ninguna especie de

retribucion, dice claramente á los hombres :

Practica el bien por el bien mismo, y no busques ninguna recompensa exterior.

Los dos caminantes se callaron.

El tercero, era un jóven de cabellos rubios y se separaba por primera vez del lado de su madre.

Sus compañeros le suplicaron que diese tambien su explicacion y entónces exclamó bajando los ojos y sonrojándose algun tanto :

—A mí me dice otra cosa muy diferente la inscripcion de ese manantial. ¿De qué serviria el eterno movimiento de esa onda siempre dispuesta á apagar nuestra sed, si estuviere turbia y corrompida? Lo que constituye todo su valor es su transparencia y claridad. El que procuremos parecernos á esa onda, no quiere decir que seamos diligentes ó pródigos, sino que conservemos nuestra alma bastante pura, para que refleje como ese manantial de agua clara todas las flores de la tierra, y todos los rayos del cielo.

Z.....

UN HUNDIMIENTO.

Enriquito, niño de once años, gordo y colorado, llega á la escue-

la ántes que todos sus compañeros.

— ¡Perfectamente! dice, áun no ha venido D. Gaspar.

Enseguida saca de su cartera una porcion de bramante y se acerca á la mesa del profesor, cubierta de libroles y papeles, y junto á la cual se ve un gran sillón de cuero.

El niño examina todo, como un ingeniero que trata de levantar un plano..... y parece reflexionar.....

— El tal D. Gaspar, exclama, está medio loco desde que se hundió la escuela de Valencia, y no sabe hablar de otra cosa, ni deja pasar un dia sin referirnos sus menores particularidades, como si hubiera sido testigo del suceso. Creo que se le daria gusto haciéndole creer que tambien se hunde su escuela..... Ataré para ello, á las patas de su venerable sillón, estas cuerdas, y así que empiece á dar cabezadas miéntras escribimos....., tiraré de las cuerdas, diciendo al mismo tiempo que se hunde el piso. Es lástima que no hayan venido áun Ernesto y Luis, porque se reirian mucho de mi plan.

Y el pequeño conspirador, á falta de compañeros y cómplices, se reia solo. Despues arregló sus cuerdas, dejando preparado el hundimiento imaginario, y sentándose

en el sillón del maestro, se puso á leer.

— Lo de siempre; un periódico abierto por la suscripcion para socorrer á las víctimas de la catástrofe; un folleto sobre el mismo asunto.....

Enriquito lee primero sin prestar gran atencion; pero poco á poco se va pintando el interes en sus facciones.....

— ¡Dios mio! murmura suspirando..... ¡cuántas familias castigadas!..... ¡Cuántos niños sepultados entre los escombros!..... Y el Gobernador de la provincia exponiéndose á todos los peligros..... ¡Qué hermoso debe ser el poder desplegar grandeza de alma en semejantes circunstancias!..... ¡Y el sacerdote sacando escombros y consolando á los moribundos!..... A ver..... á ver la lista de suscritores..... « Los discípulos de la escuela de D. X. Z. han reunido sus ahorros para socorrer á las víctimas, parece que en otras muchas escuelas se va á verificar lo propio.» Nada más justo que privarse cada uno de lo que pueda para aliviar los males de los demas; voy á buscar los cinco duros que me dió mi madrina el dia de mi santo y se los dejaré á D. Gaspar, envueltos en un papel, que diga: *Para las*

víctimas del hundimiento. ¡Cuánto se alegrará!

Enrique salta ligeramente del sillón para ir á buscar su dinero, se enreda los piés en sus cuerdas, y queriendo sostenerse apoyándose sobre la mesa, cae á tierra lastimándose bastante la frente.....

—Bien merecido lo tengo, exclama. Por poco soy víctima del hundimiento preparado por mí. Renuncio á mi travesura y corro á buscar mi fortuna, para mandarla á los desgraciados que tanto hacen sufrir al bueno de D. Gaspar.

PRIMERA COMUNION.

(María, de vuelta de la iglesia donde ha hecho su primera comunión, entra á ver á su madre convaldeciente y se arrodilla delante de la misma, mirándola con ternura. Parece un ángel queriendo narrar las cosas del cielo, pero las palabras de este mundo no bastan para ello y el silencio de María expresa todo lo que el amor divino y el amor filial encierran de más tierno! Su madre la dice:)

— Ahora, hija mía, que has entrado en el camino porque debe

marchar la mujer cristiana, no te detenga dificultad alguna; sométete á cuanto te parezca penoso meditando que el día de tu primera comunión tu alma se ha unido á Dios y esta alianza solo subsiste mientras la criatura se aplique á imitar las perfecciones del Creador. Sé, pues, como un espejo de reflejos divinos y pura como la paloma cuyas blancas alas no hacen más que rozar la tierra para elevarse al cielo..... Mirame, hija mía: tus lágrimas son de felicidad, ¿no es cierto?..... Al contemplar tu alegría, la salud vuelve á mi cuerpo como la paz á mi alma. Acércate para que te vuelva á besar, porque en las caricias de una madre van envueltas sus mejores bendiciones..... Sigue siendo siempre piadosa, dulce y caritativa: la dulzura, hija mía, es la fuerza de las mujeres!

No te olvides nunca de este santo día de fiesta, y recuérdalo todas las mañanas en tus oraciones. La piedad tiene todos los caracteres del bien, y á unos les da lágrimas y á otros sonrisas, según su naturaleza: la piedad es el amor de lo santo, es la oración, las buenas obras y los buenos pensamientos.



92, rue Richelieu Paris

C. Goubaud & Fils Edrs

LA PRIMERA EDAD — NIÑEZ ILUSTRADA

MADRID. Administración de las Niñas



BIENESTAR
MUNICIPAL
MADRID



LA AVARICIA.

Este es uno de los vicios más repugnantes entre los muchos que por desgracia se encuentran en el mundo.

Este vicio, que es odioso en los hombres, lo es todavía más en los niños. En la dulce y florida infancia es un verdadero anacronismo tan feo vicio. Si algun niño se siente inclinado á él, procure combatirlo con firme voluntad, ejerciendo la virtud de la caridad.

LOS COCHECITOS.

—Papá, ¿querrás comprarme un cochecito cuando volvamos á Madrid, para pasear en el Retiro? ¿Por qué no han de tener los niños coches como sus papás? Mira, el año pasado habia una carretelita tirada por cabras blancas..... Pero ¿no me oyes?

—¡Qué niña tan consentida! Por tu gusto habria que comprarte un palacio..... ¿Cómo conservas tantos caprichos, teniendo ya ocho años?

Luisa abrazó á su padre: sabia que todos sus deseos eran siempre atendidos, y no dudando que aquel lo sería tambien, habló del asunto á su amiga Alicia, niña tan hermosa como sencilla, y que apreciaba más una flor que un objeto de lujo.

—Tengo que darte una gran noticia,—dijo Luisa,—este año, cuando volvamos á Madrid, mi papá va á comprarme un cochecito: di á tu mamá que te compre otro, pues yo tendré que llevar en el mio á mis hermanitos Emilio y Ernesto... Ya verás cuanto nos divertimos.

—Oh, yo no soy tan ambiciosa: ¡un coche debe costar mucho!

—Pues bien, si tu mamá no te lo compra, yo le diré á papá que compre dos y te regalaré uno.

Ignoro á punto fijo lo que ocurrió por entónces; pero en el otoño siguiente se veian por el Prado y el Retiro dos cochecitos, forrados de azul y arrastrados por cabritas. El padre de Luisa la habia hecho observar que aquellos paseos debian ir acabando, porque ya se dejaba sentir el frio; pero Luisa, que era muy voluntariosa, continuaba ocupando su coche como una gran señora y cuidando de sus hermanitos, miéntras dirigia á los transeuntes una mirada protectora. En el otro cochecito iban Alicia y su hermano Augusto, quien de vez en cuando se bajaba para acariciar á las cabritas y aligerar su carga.

Una tarde en que el frio se anunciaba bastante, se pusieron en marcha los cochecitos. Los ojos hinchados de Luisa y su aspecto grave indicaban un gran disgusto. ¡Pobre coquetuela! La modista no la habia llevado un abrigo de pieles que la tenia encargado; pero á pesar de todo, no renunció á su paseo. Se veian revolotear algunos fragmentos, como si fuesen mariposas blancas..... ¿Sería nieve? ¡No! ¡no! habia dicho Luisa imperiosamen-

te y tiritando: hace un tiempo magnífico!

del frío, se acercaron al coche de Luisa para pedirla un ochavito.



Num. 1.

1

2

3

4

5

En mitad del paseo, dos italianillos, tristes por la proximidad

—¡Apartaos! ¡apartaos! exclamó ésta; ¡vais a mancharme el traje!

Los pobres se alejaron con tristeza, repitiendo por lo bajo: «será muy rica esa niña, pero no es buena.» Después, acercándose al coche de Alicia, que marchaba á bastante distancia, volvieron á tomar su acostumbrado tonillo, para pedir la limosna.

—¡Pobres niños! exclamaron ambos hermanos: no sólo carecen de madres que les cuiden, sino que tendrán que llevar dinero á esos hombres que los traen á Madrid. Tomad todo mi dinero, añadió Alicia entregándoles una peseta: no es mucho, pero ya sé que el pan cuesta menos que los bollos.

—Yo, dijo Augusto, no tengo dinero, pero aquí tengo unos bizcochos para vosotros.

Los dos italianillos no pudieron menos de conmovirse y sus ojos se llenaron de lágrimas, que corrieron por sus mejillas ennegrecidas.

Entre tanto el viento frío se hizo cada vez más intenso y la nieve cayó, por último, en abundancia. Todos los paseantes se apresuraron á volver á sus casas. En cuanto á los dos cochecitos, llegaban á la sazón á la entrada de la calle de Alcalá y hasta la Mayor en que vivían las familias de los niños, faltaba mucho terreno.

—¿Qué va á ser de nosotros? preguntaba Luisa con ansiedad, porque las personas que son muy aficionadas á los goces suelen soportar mal las contrariedades.

Los niños reían y las niñas procuraban abrigarlos con sus pañuelos.

Alicia miraba resignadamente caer la nieve.

Así marchaban los cochecitos cuando las cabras, que no estaban aún muy acostumbradas á su oficio, se negaron á seguir andando.

—¡Esperad! ¡esperad! dijeron á un tiempo los dos pobres italianillos saliendo de debajo de un árbol.

Y en un instante, antes de que hubiera podido adivinarse su proyecto, desataron á las cabras, ocuparon su sitio, sujetándose con sus cinturones de cuero y emprendieron la marcha, llevando triunfalmente á los dos hermanos. La niña gritaba y reía para moderar su ardor, pero los italianillos, que se habían enterado de las señas de la casa, recorrieron en breves minutos la distancia, y se pararon á la puerta, diciendo: —¡Ya llegamos! La niña mala que siga recibiendo la nieve, ya que no quiere que toquemos á su coche!

Alicia, muy agradecida á sus

improvisados sirvientes, les hizo subir á la casa para que su mamá les recompensára, pero no dejaba de pensar en su pobre amiga Luisa.

En fin, pasada una media hora

mojadas. El padre, que llegaba también en aquel instante, la hizo que refiriese los detalles de aquel incidente, y Luisa, que parecía como una de esas enfermas



Núm. 2.

1

2

larga, la orgullosa niña volvió á pie, con las botas y los vestidos húmedos; sus hermosos cabellos rubios, ordinariamente rizados, caían sobre sus hombros como madejas

vueltas á la salud por una crisis poderosa, le dijo:

— Papá, yo había creído hasta hoy que las riquezas bastaban para la felicidad y que todos los pobres

debían obedecernos; pero acabo de averiguar que estos sólo quieren á los que son buenos y tambien que hay circunstancias en que tenemos necesidad hasta de los más humildes.

Y Luisa refirió á su padre lo ocurrido con su amiga y los dos italianillos. Despues, queriendo demostrar desde luego su arrepentimiento, tomó una monedita de oro que guardaba y algunas estampas, y fué en busca de Alicia que se entretenía áun haciendo hablar á sus amigos del pueblo.

—Tomad, dijo á éstos, presentándoles aquellos obsequios: nunca volveré á ser una niña mala. ¿Me querréis tambien?

Los italianillos, viendo que Luisa no sólo se mostraba generosa, sino que se acercaba á ellos y les preguntaba con interes por su vida, llegando á tocar sus manchados trajes, creyeron haberse equivocado y la pidieron humildemente perdon por haberla dejado expuesta á la nieve.

Asi como en el cielo adoran al Señor ángeles de todas clases, arrebatados á la tierra, los niños ricos y los pobres deben auxiliarse mutuamente en el mundo para llevar al seno de las familias las dulzuras celestiales.

MODAS.

Explicacion del grabado núm. 1.

Niño de ocho años; traje de sa-
ten doble color habana, pantalon
ancho y corto, blusa sujeta con
cinturon de piel, cuello grande y
vuelto de batista cruda, puños igua-
les, medias blancas y habana, boti-
tas color habana.

Niña de seis años; vestido de
seda azul turquesa, adornada la
falda con un volante con cuatro
cintitas de terciopelo azul más
fuerte, túnica adornada de lo mis-
mo, sombrero de reps de seda azu-
con plumas y cintas blancas.

Niña de doce á trece años; ves-
tido de cachemir gris perla, falda
un poco corta adornada de un an-
cho biés de faya verde claro, cha-
quetilla ancha adornada con otro
biés de faya, gola de tul liso, un
lazo verde en el cabello.

Señora jóven; vestido de faya
color de malva, adornada la falda
con un volante montado á pliegues
muy menudos, túnica de lo mismo
con otro volante estrecho, y enci-
ma un biés; puff muy recogido,
sujeto con dos lazos de cinta de
faya de lana más oscuro que el
vestido.

Niña de seis años; falda y túni-

ca de sedalina color de rosa, la primera de lana más oscura, ador-

nudos; chaleco de terciopelo negro adornado de una tira de faya



Núm. 3.

Traje de primera comunión.

nada con dos volantes fruncidos, la segunda con uno á pliegues me-

color de rosa, y sobre ésta tres cintitas de terciopelo negro.

Explicacion del grabado núm. 2.

Traje de casa; falda de gro azul marino, túnica de cachemir blanco abierta por delante, y vuelta adornada con encaje blanco, y lazadas de cuando en cuando de terciopelo negro; en los dos lados va la vuelta sujeta por un lazo de terciopelo y faja azul con dos cabos sueltos y otro que sube hasta la cintura, donde se sujetan por otro lazo de terciopelo y faja; un ancho volante la adorna por detras, formando larga cola; manga entrecorta con gran vuelta, gorra de encaje blanco y cintas de terciopelo negro y faja azul.

Niña de diez años; vestido de reps de seda mahon y habana á rayas, chaleco de terciopelo color habana, adornado de vivos color marron y encaje habana.

Explicacion del grabado núm. 3.

Traje de primera comunión.

Niño de doce años; pantalon y chaleco de casimir blanco, chaquetita de paño muy fino negro, corbata de batista blanca.

Niña de once años; vestido de gro blanco, adornado de volantes de muselina blanca, velo blanco de gasa ó tul.

CUENTOS DE SCHMID.**LXVII.****LA ALFORJA.**

Iba al campo Melchor llevando al hombro una alforja llena por ambos lados. En el camino se le unió Blas. No hacia durante todo el camino Melchor más que hablar de los defectos de otros; pero se guardó muy bien de dejar escapar la menor expresion sobre los suyos. Al fin y á la postre, cansado Blas, interrumpió al hablador y le dijo:

—Parece que te has metido los defectos de tu prójimo en el bolsillo de delante de tu alforja á fin de tenerlos siempre á la vista y poder censurarlos á tu placer, mientras que los tuyos te los has echado á la espalda para que no te ofusquen la vista. Te aconsejo, pues, que des una vuelta á la alforja y eso te aprovechará mejor.

LXVIII.**LOS SIETE PALOS.**

Un artesano tenía siete hijos que estaban frecuentemente discordes entre sí. Gastaban en disputas el

tiempo destinado al trabajo. Algunos malévolos se prometían aprovecharse de aquellas disidencias con el pérfido designio de apoderarse de su herencia después de la muerte de su padre. Éste, que era hombre prudente, lo supo, y un día hizo llamar á sus siete hijos y les presentó siete palos estrechamente atados, diciéndoles:

—El que de vosotros llegue á romper este haz de palos, recibirá doscientos escudos que me obligo á darle al contado.

Cada cual de ellos, uno después de otro, forcejearon largo tiempo, se sofocaron y fatigaron sin poder conseguir el romperle, exclamando al fin:

—¡Es imposible!

—Sin embargo, dijo el padre, nada es más fácil.

Entonces desató el hacecillo y fué rompiendo sin gran esfuerzo uno por uno los palitos de que se componía.

—¡Ya! le dijeron, eso no es difícil, de esa manera cualquiera chiquillo hubiera hecho lo mismo.

Entonces el padre les dirigió estas notables palabras:

—Hijos míos, vosotros sois como estos palitos; todo el tiempo que permanezcais mutuamente unidos os sostendréis y resistiréis á

todos; nadie podrá oprimiros, empero en el momento en que se rompa entre vosotros la buena inteligencia, os sucederá lo mismo que á estos palitos, cuyos trozos y pedazos veis ahora en el suelo.

LXIX.

LA BELLEZA.

Antonio y su hermanita vieron sobre una cómoda el espejo del tocador de su mamá y tuvieron curiosidad de mirarse en él. Antonio tenía una hermosa figura y se sonreía complacido al ver su imagen. Paulina, á quien los estragos de la viruela habían aféado el rostro, se puso á llorar al examinar sus facciones reflejadas en el cristal.

Llegó la madre en aquel momento.

—Querido Antoñito, le dijo, haces mal en llenarte de orgullo por una belleza pasajera; sobre todo ten cuidado de que no la destruya el vicio ántes de tiempo. Y tú, mi querida Paulina, consuélate con el pensamiento de que hay cosa que es preferible á la gracia del cuerpo, y trata de suplirla con la del alma.

LXX.

EL RETRATO.

Hace muchos siglos que murió en cierta ciudad un negociante, que dejó una fortuna considerable. Sabíase que tenía un hijo único que se hallaba viajando; empero nadie de la ciudad conocía su rostro.

Algun tiempo despues llegaron tres jóvenes de los que cada uno de ellos pretendia ser el hijo único y heredero legítimo del difunto comerciante. El juez hizo traer un cuadro donde estaba el retrato del finado, y cuya semejanza era perfectísima.

—El que de vosotros tres, dijo el juez, de con una flecha en esta señal que hago en el pecho del retrato, obtendrá la herencia.

Disparó el primero y casi llegó al punto; el segundo se aproximó algo más; pero el tercero, en el momento de apuntar, se puso á temblar, palideció, derramó de repente un torrente de lágrimas, y arrojando al suelo el arco y las flechas:

—Yo no puedo tirar ahí, dijo; mejor quiero perder mil veces toda mi herencia.

—Noble joven, dijo entónces el juez; vos sois el verdadero hijo, y

por consecuencia el legítimo heredero. Los otros que tan bien han tirado, no son sino impostores; porque ningun hijo se resolveria á atravesar de un flechazo el corazón de su padre, áun cuando fuese pintado.

LXXI.

EL MÁS LINDO VESTIDO.

Presentóse una modista un dia en una quinta. Una señorita, llamada Isabel, obtuvo de su madre el permiso de elegir la tela de seda que más la agradase para un vestido. Despues de haber examinado todas las piezas una tras otra sin poder fijar su eleccion, dijo á su madre:

—Querida mamá, decidme vos misma qué color me sentará mejor. ¿Será el azul, el verde, el amarillo?

—Hija mia, respondió la madre sonriéndose; yo creo que es el blanco, color de la inocencia, y el encarnado, que es el del pudor.

LXXII.

LA CAJA DE ORO PARA TABACO.

Mostró un coronel á algunos oficiales que comian en su casa, una caja de oro para llevar tabaco

que acababa de comprar. Algunos momentos despues, queriendo tomar un polvo, la buscó en su bolsillo y con asombro no encontró ya la caja.

— Señores, dijo ; tened la complacencia de ver si alguno se la ha metido por distraccion en el bolsillo.

Levantáronse todos inmediatamente y volvieron el forro de sus bolsillos sin que pareciera. Un subteniente, cuyo embarazo era visible, permaneció únicamente sentado, y se negó á aquella prueba.

— Afirмо bajo mi palabra de honor que no tengo la caja, y esto debe bastar.

Retiráronse, y se separaron los oficiales meneando la cabeza, y cada cual le tomó por el ladron.

A la mañana siguiente le hizo llamar el coronel y le dijo :

— Me apresuro á daros la buena noticia de que se ha encontrado mi caja ; se habia escurrido por un agujero del forro de mi uniforme. Pero ahora tened la bondad de decirme el motivo ó la razon por qué anoche rehusásteis volver vuestro bolsillo cuando los demas oficiales lo hicieron sin la menor vacilacion.

— Señor coronel, respondió el

jóven oficial ; es por una cosa que no confesaré á nadie más que á vos. Siendo muy pobres mis padres, yo no como nada caliente á fin de poder darles la mitad de mi sueldo. Cuando me hicistes ayer el honor de convidarme á vuestra mesa, tenía mi comida en el bolsillo : juzgad mi confusion si al volver mis bolsillos se me hubiesen caido de ellos un salchichon y un pedazo de pan.

Quedóse vivamente conmovido el coronel.

— Sois un buen hijo, dijo estrechándole la mano con amistad. Pues bien, para facilitaros el medio de aliviar á vuestros respetables padres, tendréis un cubierto siempre en mi mesa.

Al decir estas palabras le llevó al comedor, y á presencia de toda la oficialidad le abrazó y le regaló la caja de oro como una señal de su alta estimacion.

LXXIII.

EL RELOJ DE PLATA.

Un pobre estudiantillo llamado Ernesto, pasaba la noche en un molino en donde habia recibido la hospitalidad. Servíale de cama un banco de madera en el cuarto donde dormia. A cosa de media noche

se despertó y oyó un ligero *tic, tac*, en la pared contra la que se habia acostado. Volvió los ojos hacia allí y descubrió á los rayos de la luz de la luna un hermoso reloj de plata.

Entráronle violentos deseos de ir á descolgarlo é irse, escapándose por la ventana. La conciencia le decia que no debia robar, empero el deseo de poseer aquel lindo reloj iba siendo de minuto en minuto más violento. Levántase de pronto, corre á la ventana que se hallaba abierta y salta por ella para huir la tentación.

Después de haber caminado, ó más bien corrido algunos centenares de pasos, le pesó no haberse apoderado del reloj y á punto estaba ya de deshacer su camino, cuando el grito de su conciencia le avisó otra vez, y siendo dócil á su voz continuó su marcha.

En aquel momento desapareció la luna y la noche quedó muy oscura. Ernesto se extravió en unas tierras pantanosas, mas sin embargo, logró llegar á un altito cubierto de césped. Tan fatigado se hallaba que se tendió inmediatamente en el suelo y no tardó en dormirse profundamente. Al amanecer unos terribles gritos vinieron á interrumpir de pronto su

apacible sueño. Abrió los ojos..... y su sangre se heló de temor.

Hallábase debajo de una horca y sobre su cabeza estaba colgado un ladrón. Una numerosa bandada de voraces cuervos revoloteaban en torno del cadáver. A aquel horrible espectáculo una voz interior parecia gritarle: mira lo que te aguardaba al fin, si hubieses comenzado á abandonarte al robo. Penetrado á la vez de un saludable temor y de un vivo reconocimiento á Dios, que por el órgano de su conciencia le habia salvado de tan inminente peligro, postróse de rodillas y dirigió al Señor fervorosas acciones de gracias.

LXXIV.

LA BOLSA.

Norbertillo, hijo de un pobre carbonero, hallábase sentado un día al pié de un árbol en medio de un bosque. Lamentábase, lloraba á lágrima viva y oraba á Dios con fervor. Un caballero vestido con un frac sencillo, empero en cuyo pecho brillaba una placa bordada, se hallaba justamente en aquellos momentos cazando por allí y oyó los gritos del chiquillo. Llegóse á él y le preguntó: ¿Por qué lloras, hijo mío?

— ¡Ay! respondió Norberto, mi madre hace mucho tiempo está mala y esta mañana me ha enviado mi padre al pueblo para pagar al boticario y he tenido la desgracia de perder en el camino el dinero con la bolsa en que lo traía.

El caballero habló en voz baja con un cazador que le acompañaba: después sacó un bolsillo de seda carmesí en el que se veían brillar muchas monedas de oro y dijo al chiquito:

— Quizá será este bolsillo el que tú has perdido.

— No, señor, respondió Norberto, el mío no era tan bonito y no tenía monedas de oro.

— Pues será éste, dijo el cazador, sacando una bolsa de corta apariencia.

— Sí, esa, esa es, exclamó Norberto, lleno de alegría, esa es mi bolsa.

El cazador se la entregó, y el caballero le habló entonces así:

— Hijo mío, toma también esta bolsa con la tuya, te la regalo en recompensa de tu probidad y de tu confianza en Dios.

LXXV.

LA MONEDA DE CINCO FRANCO.

Un aldeano muy piadoso llama-

do Fridolino, tenía un mozo de labranza de un carácter muy arrebataado y colérico. Por cualquier cosa se irritaba y vomitaba entonces las más horrendas blasfemias. Con frecuencia le exhortaba Fridolino á que dominase su cólera por amor de Dios; empero el criado le respondía siempre:

— Me es imposible cuando todo se me vuelve en contra, gentes y animales.

Una mañana Fridolino le dijo á este mozo:

— Toma, Mateo, ¿ves esta hermosa moneda de cinco francos nuevecita? pues te la daré esta tarde si te muestras pacífico todo el día, no echas blasfemias ni juramento alguno y reprimes todo movimiento de cólera.

Mateo admitió gustoso este contrato.

Los otros criados y mozos de labranza se confabularon para hacerle perder la apuesta. Para esto emplearon todo el día en contradecirle y excitar su bilis. El mozo se supo contener tan bien que no dejó escapar ni la menor palabra ni el menor movimiento de violencia.

Llegada la tarde, Fridolino le entregó la moneda de cinco francos diciéndole:

— Deberías morirte de vergüenza por haber sabido reprimirte tan bien y dominar tu cólera por una vil moneda de plata, mientras que juzgas imposible el hacerlo por amor de Dios y por cumplir sus santos mandamientos.

Mateo desde entónces, conmovido con esta reprension, se corrigió, supo evitar en adelante el pecado de la cólera y tuvo un carácter apacible.

LXXVI.

EL TROMPETILLA.

A fin de aliviar á su pobre padre, ya entrado en edad y cargado de familia, un aldeanillo de las inmediaciones de Filisbour de apenas once años, abandonó la casa paterna y se alistó en calidad de trompeta en el regimiento de Wurtemberg. Hízose generalmente querer de sus jefes por su trato apacible, su inteligencia y docilidad.

Su excelente conducta unida á su soberbia estatura le hicieron rápidamente ascender. A la edad de diez y seis años era ya el trompeta mayor de su cuerpo.

Ocho años hacia ya que el jóven aleman se hallaba léjos de su familia y se decia á sí mismo sin cesar;

— ¡Cuándo iré yo á abrazar á mi pobre padre y qué gusto que tendrá en volverme á ver!

Lleno de esta dulce idea, el jóven militar obtuvo dos meses de licencia y se marchó á su país con su querida trompeta y un buen cinto de onzas de oro, honroso fruto de sus economías.

¡Qué gozo, qué gloria, para un buen hijo! ¡Con cuánta satisfaccion volvía despues de tan largo tiempo á los sitios testigos de su infancia! ¡Qué tiempo sobre todo el de volver á presentarse en ellos en calidad de bienhechor y dar pruebas de juicio en una edad en que frecuentemente sólo se ven faltas y extravíos en la juventud!

¡Vanas ilusiones, engañosas esperanzas que no debian de verse realizadas!

Habíase puesto en marcha el jóven á fines del invierno de 1709, estando helado el Rhin á la profundidad de muchos piés. Al atravesar este rio, que era el camino más corto para ir á la aldea en que moraba su padre, de repente se verificó el deshielo con un horroroso estruendo igual á la detonacion de muchas piezas de artillería.

Llegado demasiado pronto al medio del Rhin y léjos de las orillas donde el hielo todavía tenía

consistencia, el desgraciado jóven se vió arrastrado por la corriente. En vano se lanza de témpano en témpano. A medida que son empujados por otros se sumergen bajo sus mal asegurados pasos. En vano hace señales para que acudan á su socorro. La multitud de espectadores que han acudido á las dos orillas no se atreve ni puede intentar salvarle. Todos levantan sus brazos al cielo y reducen su socorro á estériles votos en tan horribles circunstancias.

Caminando, en fin, sobre el abismo de la muerte y viendo que no va á tardar en ser tragado por él, aquel buen hijo quiere señalar su último instante con los piadosos sentimientos que le habian guiado en su viaje. Coge su trompeta, toca una marcha guerrera que le gustaba mucho á su padre y grita despues:

— Mi cinto contiene cien monedas de oro, doy cincuenta al que pueda pescar mi cuerpo y lleve las otras cincuenta á mi padre.....

Apénas hubo acabado de decir estas palabras, cuando un enorme témpano de hielo le derribó y le hizo desaparecer debajo de las aguas.

Su cuerpo fué encontrado algunos dias despues. Llevaron al pa-

dre de este desgraciado no sólo las cincuenta piezas de oro, sino las ciento que estaban encerradas en el cinto..... El pobre padre murió de dolor.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

1. Niño de tres á cuatro años; vestido de cachemir blanco adornado de faya azul y borlas de seda, sombrerito redondo de pielro con pluma y cinta azul, botitas de saten azul.

2. Niña de siete años; falda diagonal de lana y seda verde, adornado el bajo con tres cintitas de terciopelo negro; puff de sedalina gris, chaquetilla de lo mismo, adornada de dos cintitas de terciopelo, una aldeta larga por detras, un volantito y cuello verde, manga entre-ancha con vuelta verde, sombrero gris con pluma del mismo color y cintas verdes, botitas de rusel negro.

3. Niña de ocho años; vestido de faya color de paja, adornada la falda con seis cintas de terciopelo color grosella, cuerpo alto por detras y en escote cuadrado por delante, adornado de una gola de encaje blanco, manga entre-ancha adornada con terciopelo y encaje.

4. Niña de nueve años; vestido de gro azul, la falda va adornada con puntas de lo mismo, sujetas por un pliegue y un biés estrecho;

túnica recogida por detras, adornada por delante con tres barbas de bieses, gola de tul blanco, alta por detras y más estrecha y abierta por delante, sombrero de faya blanco, adornado de terciopelo y pluma azul.

5. Niño de ocho años ; traje de

pañó céfiro color hoja seca, pantalón ancho y corto, sujeto por debajo de la rodilla, chaquetilla ancha y recta, con cuello y vuelta en la manga de terciopelo de tono más oscuro que el paño, botín fino de lana con botones negros.

ANUNCIOS.

LA PRIMERA EDAD PERIÓDICO PARA LAS NIÑAS.

Continúa este año esta bonita é instructiva publicacion, con grabados de modas y preciosos cuentos, historietas, fábulas y otros originales de útil enseñanza. Publicase el 30 de cada mes.

La suscripcion sólo cuesta 22 rs. por año.

El tomo del año 1873 de LA PRIMERA EDAD consta de 12 números de 32 páginas cada uno, con más de cien grabados y doce preciosos figurines iluminados. Cuesta este volúmen, que es el mejor regalo que puede hacerse á una niña, sólo **5 pesetas**.

MUJERES DEL EVANGELIO

POR LARMIG.

Se ha hecho una nueva edicion de este precioso libro, uno de los más notables de su género, aumentada con el bellissimo canto *La hija de Jáiro*, y con aprobacion y recomendacion de la censura eclesiástica.

Esta obra la deben leer nuestros queridos suscritores, y estamos seguros de que hallarán en sus páginas el más dulce atractivo.

Este libro se vende en la Administracion de Los Niños á cuatro reales, y cinco para provincias.

Lo recomendamos vivamente á los suscritores de Los Niños.

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIBAU y C.^a,
sucesores de RIVADENEYRA.—Calle del Duque de Osuna, núm. 3.